

Buenos Aires, marzo 7 de 1912.

Sra. Martina Barros de O.

Mi muy querida amiga,
mil gracias por su atención, entera-
mente prevista y con toda seguridad
esperada. En las buenas, verdaderamen-
te buenas amistades, no significan gran
cosa ni el tiempo ni la distancia, ¡y esto
lo sabemos tan bien U. como yo. Sin
querer filosofar, puesto que todo es inú-
til ante los hechos consumados, doblemos
la hoja ante estos sentimientos igual-
mente inagotables que profundos. Para
nuestro amigo Juan Agustín hay (proba-
blemente) en estos casos los consuelos de
la fe: para mí, que vivo en la duda per-
petua, hay otra especie de consuelo más
difícil de definir, y que es, en resumen,
mi acatamiento a las leyes naturales, de-
jándole siempre la última palabra a
Dios, ante quien me prosterno humildisi-
mamente, sin que mi mente pretenda
conocerlo, mucho menos sus leyes misterio-
sas y designios inescrutables.

Pasando ahora a otra cosa, le diré, a
propósito del hermoso libro de Eduardo

Pod de que N. me habla, que al mismo Tiem-
po yo leí "las Rocas Blancas" del mismo au-
tor, acaso por una inexplicable correspon-
dencia magnética. Cuando volvamos a
Santiago, podremos prestarnos mutua-
mente estos libros.

Y, saltando de aquí a algo muy dis-
tinto, me alegro mucho de su cambio de
vida en la distribución del tiempo. Para
mí, no cabe la menor duda de que
las levantadas y las salidas temprano
le harán muchísimo bien: por lo mis-
mo le deseo la perseverancia, y que ese
cambio no sea una oleada pasajera.

En cuanto a mí, cuando arranqué de
Santiago por los calores, estaba en un extre-
mado punto de debilidad y enflaqueci-
miento. Creí que con el viaje por mar
y unos quince o veinte días de Aconcagua
ya me sentiría otro; pero el mal era
más hondo, y tanto que, sólo ahora, des-
pués de setenta días de descanso y de
buen régimen principio a levantar y
a sentirme con algunas pocas fuerzas, no
las suficientes para poder trabajar.

Con esto y con recuerdos carinosos para
Marta y hermanos, la abraza su viejo amigo
O. Vera